

Juventud, nueva izquierda y revolución en Colombia: los avatares políticos de Antonio Larrota González*

Por José Abelardo Díaz Jaramillo**

* Artículo recibido en marzo de 2010.

Artículo aprobado en mayo de 2010.

** Estudiante de la Maestría en Historia de la Universidad Nacional de Colombia. Profesor catedrático de la Universidad Pedagógica Nacional

Introducción

El triunfo del Movimiento 26 de Julio cubano al final de 1958 estimuló de forma notable el cuestionamiento de los esquemas y las formas tradicionales de proceder de las organizaciones de izquierda de Latinoamérica, al poner en el escenario político la opción armada como posibilidad real de provocar cambios sociales. A raíz de la referida victoria, decenas de iniciativas armadas se ensayaron, una tras otra, en distintos países de la región, buscando replicar –sin mayor éxito– la experiencia cubana. Colombia no estuvo al margen de esa conmoción política, que se transformó en una ola revolucionaria incontenible que con inusitada fuerza recorrió toda Latinoamérica. Y, como ocurrió en los países donde se ensayaron iniciativas armadas, en Colombia éstas fueron animadas de manera sobresaliente por jóvenes de extracción urbana, en su mayoría ligados a instituciones universitarias, quienes no dudaron en dejar de lado sus proyectos familiares y profesionales para dedicarse de lleno a las tareas que demandaba el momento político. Ese fue el caso de los hermanos Manuel y Antonio Vásquez Castaño, Julio César Cortés, Hermías Ruiz, Federico Arango Fonnegra, Ricardo Otero, Leonel Brand, Gleidis e Idelfonso Pineda, José Manuel Martínez Quiroz y Francisco Garnica, entre otros. Cada uno participó en la promoción de proyectos guerrilleros, y los aquí mencionados ofrecieron sus vidas defendiendo sus ideales.

En este artículo se reconstruye la corta y agitada trayectoria política de Antonio María Larrota González, uno de aquellos jóvenes que vertió sus energías para ver germinar una nueva Colombia en la década del sesenta. Consideramos que su caso registra las vicisitudes de una generación que vivió con intensidad una época difícil. La parábola vital de Larrota es dicente: transitó velozmente por un sendero que lo llevó de una posición conservadora a reivindicar postulados de la izquierda radical; pronto se convirtió en un destacado dirigente estudiantil y popular que despertó admiración y respeto de la dirigencia revolucionaria cubana; ejerció un notable papel en la fundación del Movimiento Obrero Estudiantil Campesino (Moec) 7 de Enero, organización que dio origen en Colombia a una izquierda antielectoral y proclive al uso de la violencia. Se trata, en síntesis, de un personaje que, a pesar de haber desempeñado un papel sobresaliente en el campo político de la izquierda entre 1957 y 1961, permanece hoy en el olvido.

El texto describe la relación de Larrota con el movimiento estudiantil de la segunda mitad de los años cincuenta, destacando su vinculación a la Unión Nacional de Estudiantes Colombianos (Unec); reconstruye su participación en diversas protestas sociales, su papel en la creación del Movimiento Obrero Estudiantil (MOE) 7 de Enero (antesala del Moec 7 de Enero) y su primer viaje a Cuba, a mediados de 1959; relata enseguida su participación en el primer congreso del Moec 7 de Enero, su segundo viaje a Cuba y su posterior regreso al país para promover un foco guerrillero; finalmente, describe las circunstancias en que murió en las montañas de la Cordillera Central.

Larrota y la lucha contra la dictadura militar

Antonio María Larrota González nació en Bucaramanga el 18 de diciembre de 1937, en el seno de una familia de clase media inclinada a las ideas conservadoras. Su padre, Tomás Larrota, fue un destacado publicista vinculado a la empresa comercial RCA Víctor y su madre, Priscila González, fue una poetisa de cierto renombre en los círculos sociales y literarios de la capital santandereana. La familia Larrota González, integrada además por los hijos Patricio, Gabriel,

Ramón y María del Pilar, gozaba de una cómoda estabilidad económica que le ofrecía tranquilidad y ciertos privilegios. A comienzos de la segunda mitad del siglo XX la familia se trasladó a Bogotá, luego de que don Tomás aceptara una propuesta para trabajar allí (Entrevista a Carlos Ramírez, 2006).

Para entonces el país vivía en medio de un agitado clima político. El gobierno militar, en cabeza del general Gustavo Rojas Pinilla, era blanco de profundos cuestionamientos, estimulados por la gran prensa y las elites políticas, que veían con preocupación las intenciones del general de prolongar su presencia en el poder supremo. Las calles de las ciudades eran lugares de permanentes denuncias y choques entre manifestantes y el Ejército, y en esas refriegas los estudiantes de colegios y universidades tuvieron una destacada participación e incluso pusieron una dolorosa cuota de sangre: el 8 y 9 de junio de 1954 fueron asesinados por el Ejército alrededor de diez estudiantes cuando adelantaban una protesta en la Universidad Nacional y en el centro de Bogotá. El suceso alimentó el odio de los jóvenes hacia la dictadura y agudizó su lucha contra ella, hasta su desmoronamiento el 10 de mayo de 1957, luego de que un conjunto de acciones (entre ellas un paro patronal) obligara a Rojas Pinilla a salir del país, no sin antes entregar el poder a una junta militar de transición.

La caída de la dictadura fue celebrada con algarabía por muchos colombianos. La gran prensa adscrita a los dos partidos tradicionales no ahorró elogios para los estudiantes por su participación en aquel hecho, a tal punto que periódicos como *Intermedio* y *El Independiente* (nombres con los que circularon *El Tiempo* y *El Espectador* en las épocas de la censura militar) se refirieron a los estudiantes en grandes titulares con expresiones como “Llor a los estudiantes”, “Jóvenes: héroes de las jornadas de mayo”, “Juventud: orgullo máximo de la patria”. Tampoco faltaron los honores oficiales que incluían similares saludos especiales, homenajes y monumentos recordatorios (Villamizar, 2002, 68). Es probable que Antonio Larrota González, quien para entonces terminaba sus estudios de secundaria en el Colegio Grancolombiano (Entrevista a Jorge Zabala Cubillos, 2008) (ubicado en el centro de la ciudad), sintiera un especial orgullo a raíz de los calificativos que él y sus compañeros recibían de parte

de la gran prensa. De hecho, Antonio había participado en diversas acciones de propaganda contra el régimen militar, que en ciertos momentos le habían exigido poner a prueba su coraje (Entrevista a Raúl Alameda Ospina, 2008)¹.

En el movimiento estudiantil

La caída del general Rojas estimuló de forma notable el interés de los jóvenes por la política². Los estudiantes, identificados en la lucha contra la dictadura y por la restauración de la democracia, consideraron oportuno el momento para presentar reivindicaciones gremiales y estimular transformaciones en la universidad (Ruiz, 2002). Esa valoración se tradujo en la realización de un congreso nacional de estudiantes en junio de 1957, a las pocas semanas de haber cesado la dictadura militar. Del certamen estudiantil salió constituida la Unec, que se definió como organización de fines estrictamente gremiales e independiente del Estado y de toda filiación religiosa o política, aunque respetuosa de las preferencias ideológicas y políticas de los estudiantes que en ella participaban (ibíd., 69).

Entre los participantes del congreso, calculados en alrededor de 152, se encontraba Antonio Larrota, que había sido elegido como delegado en representación de los estudiantes de bachillerato de la capital (Entrevista a Jorge Zabala Cubillos, 2008)³. Durante los tres días que duró el evento, Antonio participó en las discusiones sobre la caracterización de la agremiación y sus proyecciones inmediatas. Desde el inicio el evento estuvo impregnado del espíritu de

¹ Raúl recuerda que conoció precisamente a Antonio en una actividad de propaganda contra la dictadura, consistente en arrojar volantes desde un vehículo por algunos barrios del sur de Bogotá. En desarrollo de esa tarea se presentó una situación riesgosa, ante la presencia inesperada del Ejército; Larrota fue puesto a prueba y respondió satisfactoriamente. En esa misma actividad participó Estanislao Zuleta.

² Félix Vega recuerda a 1957 como un año decisivo para la generación estudiantil de entonces, ya que “fue el que nos inyectó a nosotros la cuestión de la vida política y pública por la caída de Rojas Pinilla. Esa fue nuestra visión repentina de qué era este país y qué papel podía jugar la civilidad frente a la cuestión de facto y militar. Yo digo que desde ahí muchos, o cogimos a estudiar derecho o nos metimos en la cosa política, influidos y empujados por las batallas contra Rojas” (Villamizar, 2002, 68).

³ De acuerdo con Ruiz, si bien el sistema de elección de los delegados al certamen estudiantil no fue del todo claro, es indudable “que debió recaer en los estudiantes más activos”. (2002, 75).

conciliación nacional que la elite victoriosa presumía de promover en el país. Respondiendo a ese sentimiento, los estudiantes procedieron a escoger a sus dirigentes tanto en las filas liberales como en las conservadoras. Con apenas veinte años de edad, Antonio Larrota fue escogido para hacer parte del primer comité ejecutivo de la Unec, en representación de los sectores de la derecha estudiantil que atendieron el llamado a la unidad y con los que se pactó un acuerdo político para darle estabilidad y representatividad a la agremiación recién constituida (Anónimo, 1961, 398).

Para ese momento Antonio profesaba ideas conservadoras (respeto a las instituciones establecidas, temor a la revolución social, importancia del papel de la Iglesia en la sociedad, etc.), producto del ambiente familiar en el que creció y no de haber tenido una militancia doctrinaria y disciplinada —que efectivamente no la conoció, hasta donde se sabe— en alguna expresión o corriente del conservatismo colombiano. Desde el momento de su elección para el ejecutivo de la Unec, el ascenso político de Larrota fue imparable. Antes de finalizar 1957, y como resultado de los acuerdos políticos que se habían pactado en el primer congreso, el joven bumangués ocupó la presidencia de la Unec por espacio de diez meses (Archivo de la Presidencia de la República, Despacho del Ministro, Caja 4, f. 104)⁴. No obstante, esa responsabilidad tuvo que ejercerla en medio de una ardua disputa por el dominio de la directiva de la agremiación estudiantil, enfrentándose a distintos grupos que la conformaban, entre ellos a la Asociación de Universitarios de Antioquia (Audea) (*Semana*, 22 de mayo de 1961, 10). Esas circunstancias lo fueron convirtiendo en un destacado y fogoso dirigente, y desde luego contribuyeron a su madurez política. De hecho, si se observa con detenimiento, pueden establecerse dos etapas en el proceso político de Larrota.

En una primera etapa, que iría desde antes del primer congreso de la Unec (1957) hasta antes del segundo (1958), Larrota defendió con vehemencia sus apreciaciones políticas de derecha (Anónimo, 1961, 399). Sin embargo, en el

⁴ En adelante será citado como APR, DM.

desempeño de sus actividades directivas fue percibiendo las contradicciones derivadas de asumir la defensa de posiciones tradicionalistas y de respeto al orden social vigente, por un lado, y, por el otro, plantear reivindicaciones democráticas relacionadas con una mayor autonomía para los centros universitarios, el derecho de los más pobres a estudiar, la exigencia de mejores presupuestos para la educación o la no injerencia de sectores externos en la universidad. Estas reivindicaciones se traducían en conflictos con instituciones de mucho poder, como la Iglesia católica, la gran prensa, los empresarios y los partidos tradicionales (ibíd.). Además, se presentaban en momentos en que “la Universidad empieza a ser escenario de discusiones en el ámbito estudiantil, relacionadas con el papel que debía cumplir la universidad en la sociedad, la presencia de la paridad política (referencia al sistema político del Frente Nacional), la participación de la Iglesia en la universidad y la democratización de la educación para permitir el acceso a la universidad de sectores sociales anteriormente excluidos” (Ruiz, 2002, 93).

De modo que las contradicciones entre las reivindicaciones estudiantiles y las posibilidades de realizarlas dentro del sistema político ejercieron una fuerte presión en Larrota, modificando sus apreciaciones sobre el papel del estudiante y de la universidad en la sociedad y asimismo su concepción sobre los partidos tradicionales y el carácter excluyente de la democracia colombiana. Sin duda, su ingreso a la Universidad Libre de Bogotá a comienzos de 1958 alimentó su proceso de transformación política⁵. Su vinculación a la carrera de Derecho de esa institución educativa, en donde se dinamizaban grandes lu-

⁵ Algunas versiones dan a entender que Antonio realizó estudios simultáneos en dos universidades. Por ejemplo, Carlos Ramírez afirma que Larrota estudió Derecho en la Universidad Libre y Sociología en la Universidad Nacional, lo cual no parece creíble, ya que la facultad de Sociología de esta universidad fue abierta oficialmente en 1959. *El Espectador* afirmó que Larrota había estudiado Derecho en la Universidad Libre y en la Universidad Nacional. Por su parte, *Semana* (marzo 20 de 1961) afirmó que Larrota era estudiante de la Universidad Nacional. En los documentos que le fueron hallados por las autoridades luego de su muerte había un carnet que lo vinculaba a la Facultad de Economía de la Universidad Nacional. Lo que sí es claro es que Larrota inició estudios de Derecho en la Universidad Libre en 1958, los que posteriormente abandonó para dedicarse a la actividad política.

chas estudiantiles(Ávila et al., 2000)⁶, se convirtió en posibilidad de perfilar su condición de dirigente y acumular un mayor capital político⁷. En su paso por la universidad se vinculó al Club Democrático “Voces”, un grupo estudiantil orientado por la juventud del Partido Comunista que impulsaba diversas actividades (mesas redondas, conferencias, jornadas culturales) tendientes a nuclear y elevar el nivel político de los estudiantes. Sin embargo, no fue muy larga su permanencia en ese espacio, entre otras cosas porque Larrota no abrigaba la menor simpatía por las ideas comunistas.

Una segunda etapa arranca desde antes del segundo congreso (1958) hasta mayo de 1959. Allí nos encontramos con un Larrota desbordado por el activismo y con una radicalización de sus posturas políticas hacia la izquierda. La Unec realizó su segundo congreso en Cali, en junio de 1958, y en este evento, a diferencia de lo que ocurrió en el primero, Larrota tuvo una mayor participación. Ya no era el estudiante que hablaba con timidez sino un preclaro dirigente, dueño de una poderosa oratoria capaz de cautivar a grandes auditorios⁸. En él era perceptible una madurez como dirigente y fue normal que en sus pronunciamientos resaltara la necesidad de crear unidad, ya no solo entre los estudiantes, sino también en otros sectores sociales, como los obreros y los campesinos, para conquistar reivindicaciones democráticas. Luego de dejar la presidencia de la Unec por periodo cumplido, el congreso lo reeligió para integrar el nuevo comité ejecutivo, en el cual asumió la secretaría de la organización.

⁶ Alejandro Gómez afirma que a finales de los años cincuenta del siglo anterior la Universidad Libre era el “centro neurálgico, el cuartel general” del activismo estudiantil, y que después se comenzaría “a desplazar a otras universidades privadas y a la Nacional, y así mismo sucedía en las otras capitales del país”. En la Universidad Libre permanentemente se “realizaban seminarios, actividades de tipo cultural, artístico, incluso deportivo”(Ruiz, 2002, 74).

⁷ Alejandro Gómez recuerda que “Los directivos nos desplazábamos a todas las universidades para participar en cuanto actividad estudiantil hubiera, con la idea de difundir nuestros principios, postulados y en general los objetivos de la organización. Así mismo, utilizábamos los medios de difusión a nuestro alcance para señalar las orientaciones a las masas estudiantiles, como volantes, manifiestos, consignas, etc.” (Ruiz, 2002, 74).

⁸ Arturo Alape, quien participó en el segundo congreso de la Unec, recuerda a Antonio Larrota interviniendo en una de las sesiones del evento y desplegando una gran capacidad para la oratoria. Conversación con Arturo Alape, 2005).

Larrotta y el periodismo estudiantil

Las responsabilidades de Antonio en la Unec no se limitaron al ejercicio de cargos de dirección. También se centraron en la dirección y edición del periódico de la agremiación estudiantil, actividad que realizaba en compañía de Guido Herrera, quien había desempeñado la secretaría general de la Unec en el primer periodo. Los dos jóvenes elaboraban las páginas editoriales de cada edición, consignando en ellas las orientaciones e inquietudes que acompañaban a los estudiantes vinculados a la agremiación. Lo que escribían daba cuenta de las lecturas que hacían del momento político, de sus preocupaciones gremiales y de las expectativas en torno al futuro del país. En el editorial del primer ejemplar de *Unec*, nombre que adoptó el periódico estudiantil, Antonio y Guido resaltaban la carencia de una auténtica conciencia política de los estudiantes colombianos, que les impedía extender la mirada más allá de los predios universitarios. Allí afirmaban:

“Es de gran importancia que en Colombia se estructure completamente una auténtica conciencia estudiantil que lleve a todos los estudiantes al fondo de los problemas que padece el gremio y a las soluciones más prácticas y oportunas. Es necesario la formación de una conciencia estudiantil amplia, que deje a un lado la concepción errónea de que ser estudiante es simplemente llevar algunos libros bajo el brazo y pasar unas cuantas horas en las aulas de las Universidades, colegios y escuelas, para ir entonces a la raíz de los problemas nacionales mediante la preocupación constante por solucionar los que llevará indudablemente a su atento estudio. Ser estudiante es ser titular de derechos cívicos. Es el conocimiento cabal de esos derechos para poder defenderlos cuando se vean lesionados. Es la identificación de nuestras aspiraciones y la exigencia de su satisfacción” (*El Espectador Matinal*, 4 de julio de 1958, 5).

Por eso destacaban la importancia de forjar una conciencia estudiantil que, en vez de marginarlos de la realidad nacional, les permitiera comprenderla:

“Algo que nos identifica plenamente es el sentimiento de que el estudiante no debe marginarse de la vida nacional, ni dedicarse únicamente a los estudios de

bibliotecas y centros docentes pasando por alto la realidad que afronta el país. Este modo de pensar da muestra perfecta de lo que es la conciencia estudiantil. Es apenas lógico suponer que las grandes manifestaciones de ella radican en la defensa de los intereses del gremio. Y se manifiesta en la unidad, en la organización y en la actitud firme de lucha y acción por los ideales de cultura, de investigación científica y de democratización de la enseñanza” (ibíd.).

Como dirigente de la Unec, Larrota tuvo la oportunidad de visitar países socialistas de Europa y Asia. A finales de 1958 estuvo en la Urss, Hungría, Checoslovaquia y Alemania Oriental (APR, DM, caja 4, f. 106), participando en eventos organizados por la Unión Internacional de Estudiantes. Los viajes le permitieron conocer la problemática estudiantil y las experiencias comunistas que allí se impulsaban. También visitó China, donde la revolución dirigida por Mao tuvo en él un fuerte impacto (Anónimo, 1961, 399)⁹.

En síntesis, el paso de Larrota por la Unec fue decisivo: le permitió relacionarse con colegas de todo el país y del mundo y conocer distintos procesos estudiantiles. En cerca de dos años en que estuvo vinculado a la agremiación, Larrota tuvo la oportunidad de probarse entre los suyos como orador y organizador. Su carácter como dirigente se fue fortaleciendo y llegó a convertirse en uno de sus más visibles líderes. Además, su cultura política se enriqueció gracias al contacto que tuvo con corrientes ideológicas de izquierda provenientes de los países socialistas de Europa, Asia y Latinoamérica.

Lasolidaridad con Cuba

La lucha del Movimiento 26 de Julio contra el dictador Fulgencio Batista despertó en distintos sectores de la sociedad colombiana sentimientos de solidari-

⁹ De acuerdo con el autor, las revoluciones china y cubana marcaron profundamente a Larrota: “Ambas le despertaron una reacción de traslado. Ambas le recordaron la situación colombiana y le incitaron a actuar ya mismo. En China cada rostro libertado, cada hectárea cultivada le removía el sueño de que en su país también el pueblo se hiciera dueño de su destino, pero sin esperar, sin calcular” (Anónimo, 1961, 399).

dad. Fue normal que en las ciudades se constituyeran comités que adelantaban campañas para brindar apoyo moral a los rebeldes, y que en ellos participaran personajes de la política tradicional¹⁰. Incluso Fidel Castro era objeto de emotivos elogios por su papel en la resistencia a la dictadura y a él se dedicaban no pocos saludos y reconocimientos¹¹. Desde luego, los estudiantes colombianos manifestaron una pronta simpatía por la lucha del pueblo cubano y no dudaron en desplegar una amplia campaña de solidaridad a favor de los rebeldes. Al menos dos razones explican aquel comportamiento. En primer lugar, la rebelión cubana era entendida como la lucha de un pueblo inerme contra una dictadura sangrienta. Si en ese momento había algo que despertara odio en el estudiantado latinoamericano, eran los regímenes dictatoriales que proliferaban en la región: Batista en Cuba, Trujillo en República Dominicana, Stroessner en Paraguay, Somoza en Nicaragua y, recientemente, Rojas Pinilla en Colombia.

Por otro lado, los motivaba la solidaridad con la Federación de Universitarios de Cuba, que había sido duramente reprimida por las fuerzas militares batistianas. José Antonio Echavarría, presidente de la Federación de Estudiantes de Cuba, querido y admirado por sus pares colombianos, había sido asesinado

¹⁰ Fue famoso el Comité Colombiano por la Libertad de Cuba, integrado por personajes ligados a la literatura y a la política tradicional, como Eduardo Santos, Carlos Lleras Restrepo, Belisario Betancur (presidente de honor), Eduardo Caballero Calderón, Jorge Gaitán Durán, Roberto García Peña, Guillermo Cano, Álvaro Uribe Rueda, Alberto Zalamea, Felipe Salazar Santos, Mario Latorre Rueda, Eduardo Cote Lamus, Eduardo Mendoza Varela, Antonio Panesso Robledo, Miguel Lleras Pizarro, Héctor Charry Samper, León de Greiff y Alberto Lozano Simonelli, entre otros. En una declaración, el comité afirmaba que “mientras dure la opresión en alguno de nuestros países, ningún americano puede ni debe ser indiferente a la lucha que contra ella se adelanta”, a la vez que invitaba “a nuestros compatriotas para que den pruebas de solidaridad activa con todos los demócratas que en Cuba luchan por la justicia y la libertad” (*La Calle*, 14 de noviembre 1958, 8 y 9). En Medellín se constituyó un Comité Pro Libertad de Cuba “con el fin de contribuir al éxito de la lucha que actualmente libra el pueblo cubano para derrocar la dictadura de Fulgencio Batista” y adelantar “a escala nacional una campaña encaminada a lograr que todas las fuerzas vivas de la nación colombiana apoyen moralmente el movimiento insurgente acaudillado por Fidel Castro”. Integran el comité obreros, estudiantes y “distinguidos ciudadanos” (*El Tiempo*, 7 de julio de 1957, 10).

¹¹ En la instalación del directorio liberal de Cartagena, en julio de 1957, fueron aprobadas mociones de respaldo y saludo al pueblo cubano y a Fidel Castro, “quien lucha en las montañas de su patria por el restablecimiento de la democracia”. La moción terminaba así: “Exáltese la lucha democrática de Fidel Castro en Cuba” (*El Tiempo*, 16 de julio de 1957, 6).

por la dictadura, hecho que ameritó un pronunciamiento del comité ejecutivo de la Unec en que manifestó “su enérgica protesta por los asesinatos de estudiantes que se vienen cometiendo en la hermana república de Cuba”. El documento saludaba además “el movimiento de liberación 26 de Julio (sic), que, encabezado por Fidel Castro, abanderado de las luchas democráticas, se adelanta en la martirizada república del Caribe” (*El Tiempo*, 8 de julio de 1957, 8)¹².

Lo que sucedía en Cuba conmovió a Antonio Larrota. Nuevamente los acontecimientos ejercían en él una fuerte presión. El recuerdo de la lucha contra Rojas Pinilla estaba todavía fresco en la memoria de la juventud colombiana. Por eso Larrota no dudó en manifestar su solidaridad hacia los rebeldes de la isla. Desde la Unec promovió mítines de apoyo y organizó la recolección de materiales que tuvieran alguna utilidad para los combatientes que desde la adversidad pretendían destronar al dictador (Villamizar, 2002, 81). Firmó declaraciones, realizó marchas de apoyo, arengó contra Batista y vendió bonos de solidaridad en pleno centro de Bogotá (Entrevista a Gustavo Soto, 2009). Los dirigentes del Movimiento 26 de Julio tuvieron conocimiento de las iniciativas de Larrota desde antes de la llegada al poder, gracias a los informes que enviaban los representantes políticos del movimiento en Colombia. Eso explica por qué desde temprano Larrota se ganó la admiración y el respeto de la dirigencia cubana, hecho que se puso en evidencia cuando el joven visitó la isla por primera vez, a mediados de 1959¹³.

Como era de esperar, los estudiantes colombianos celebraron como propia la victoria final de las fuerzas de Fidel Castro sobre la dictadura. El primero de enero de 1959 decenas de personas colmaron las calles de las ciudades colombianas para festejar lo sucedido. Ese mismo día la Unec emitió una de-

¹² Firman la resolución los integrantes del comité ejecutivo de la Unec, incluido Antonio Larrota. Debe tenerse en cuenta que en la parte segunda del programa de la Unec, titulada *Objetivos inmediatos ante los problemas nacionales e internacionales*, se estipulaba como obligación la “Solidaridad y ayuda a los estudiantes que luchan en América y otros países del mundo contra las dictaduras y en pro de las libertades de sus respectivos Estados”.

¹³ Raúl Alameda afirma que antes de la victoria de los rebeldes una delegación de cubanos visitó varias ciudades colombianas en busca de apoyo y solidaridad. Antonio Larrota la acompañó en el recorrido. Entrevista a Raúl Alameda.

claración en que felicitaba “al estudiantado cubano y pueblo en general por el triunfo sobre la ominosa dictadura de Batista”, ese “monstruo que sacrificara millones de cubanos; suspendiera todas las garantías de la persona humana; pisoteara las instituciones democráticas y cerrara las universidades”. Aprovechando la ocasión, la agremiación estudiantil colombiana evocó emotivamente a sus colegas cubanos que habían contribuido al triunfo:

“Fueron muchos los dirigentes estudiantiles que sufrieron las torturas, el encarcelamiento, el destierro y en no pocas ocasiones la muerte violenta. Sus sufrimientos sirvieron de bandera a diferentes movimientos revolucionarios, que partieron de la Universidad y se regaron después por toda Cuba, hasta dar por tierra con la dictadura” (“Mensaje del estudiantado colombiano a Cuba”, *El Espectador*, 1 de enero de 1959, 7)¹⁴.

Si la lucha guerrillera que adelantaron los rebeldes cubanos despertó el interés de Larrota y lo empujó a adelantar una solidaridad hacia ellos, el triunfo conseguido en diciembre de 1958 provocó en él una impresión difícil de valorar. Desde luego, no solo en Larrota hubo tal impacto. Toda una generación de jóvenes colombianos y latinoamericanos se vio marcada directa o indirectamente por la gesta caribeña y la impulsó desde entonces a la acción política radical.

Las protestas contra el alza en las tarifas del transporte

El 7 de enero de 1959, día en que Fidel Castro entró en La Habana, las calles del centro de Bogotá fueron escenarios de duras confrontaciones entre manifestantes y fuerzas policiales. Días antes el presidente Alberto Lleras Camargo, cediendo a la presión de las empresas de transporte público de la ciudad, había decretado un alza en las tarifas del transporte público urbano. La medida desató un movimiento de protesta que promovió bloqueos de vías y enfrentamien-

¹⁴ Firmaron la declaración Gustavo Díaz Correa, Alirio Arciniegas, Guido Herrera, Alicia Guerrero, Ruth Cepeda, Hugo Caicedo, Roberto Chinchilla, Pedro Bonnet Locarno y Antonio Larrota.

tos con la policía durante cerca de cuatro meses. Después de una sostenida presión popular, el gobierno debió echar atrás la medida y restableció las tarifas al nivel en que se encontraban antes del 7 de enero de 1959 (Díaz, 2007).

Antonio Larrota tuvo un papel decisivo en las protestas. Detenido en varias ocasiones, fue uno de los principales dirigentes de la movilización popular y ejerció un liderazgo que pronto trascendió las fronteras de la ciudad. Eso fue posible, entre otras razones, por las facilidades que poseía para la oratoria, destreza política que dominaba con propiedad y que incluso era reconocida por sus detractores, vinculados a los partidos tradicionales y a la gran prensa (*El Siglo*, 15 de mayo de 1961, 3).

Distintas organizaciones políticas aprovecharon la oportunidad (Tarrow, 1994) para capitalizar dividendos propios. Por ejemplo, militantes del Partido Socialista Colombiano, lo mismo que sectores del movimiento gaitanista y del Partido Comunista Colombiano (recién legalizado), participaron en las protestas buscando ganar adeptos. En ocasiones esas fuerzas entraban en conflicto entre sí, al querer cada una imponer sus directrices al movimiento social. También participaban en las movilizaciones estudiantes, empleados y obreros que no militaban en ninguna de las organizaciones mencionadas e incluso eran críticos acérrimos de algunas de ellas, como sucedía con Larrota y el PCC.

En la segunda semana de enero, en medio de las protestas, Antonio Larrota y otros estudiantes, entre quienes sobresalían Eduardo Aristizábal Palomino, Armando Valenzuela Ruiz, Alejandro Páez Murillo, Robinson Jiménez, Jorge Bejarano Mateus, Luis Alfredo Sánchez, Patricio Larrota y algunos empleados y obreros de la ciudad, crearon el Movimiento Obrero Estudiantil (MOE) 7 de Enero. Sus integrantes buscaban no solo distanciarse del resto de organizaciones que actuaban en las protestas, sino además disputar la dirección del movimiento antialcista (Entrevista a Gilberto Guzmán Celis, 2008). Desde un principio los integrantes dotaron al MOE 7 de Enero de una dirección colectiva, unos objetivos y un plan básico, buscando crear una identidad po-

lítica y mayor coordinación¹⁵. Si bien el nuevo movimiento respondía a una coyuntura específica, sus fundadores concebían su proyección más allá del momento particular (Archivo del autor). Por ejemplo, uno de los objetivos que se proponía el MOE 7 era unificar “las fuerzas campesinas, obreras, estudiantiles juveniles y de clase medias y populares de todos los partidos políticos y tendencias ideológicas en un frente único de combate para luchar por la auténtica revolución social en Colombia”, y conformar “un equipo de dirigentes revolucionarios, extraídos de la clase media, obrera y campesina, capacitado para dirigir la Revolución Colombiana, integrado por la juventud obrera, campesina y estudiantil” (ibíd.).

Obtenida la victoria al lograr la derogación de la medida alcista, los proyectos de Antonio y sus compañeros siguieron su curso, de acuerdo con lo establecido en los fines programáticos del MOE 7 de Enero. Pero en mayo de 1959, a raíz de las polémicas suscitadas con los estudiantes vinculados al PCC, quienes siempre lo consideraron un individuo anárquico y aventurero, Antonio fue expulsado del comité ejecutivo de la Unec. Sin embargo, poco le importó la decisión tomada por la directiva estudiantil, ya que en ese momento su mirada se proyectaba hacia otros senderos y había renunciado a los estudios universitarios para dedicarse de lleno a la actividad política.

Una vez pasadas las protestas contra el alza del transporte urbano, el MOE 7 de Enero —que pronto agregaría a su denominación la letra C, para recoger también las reivindicaciones del sector campesino— adelantó actividades de solidaridad hacia otros sectores sociales y terminó vinculándose en cuanto agitación social se presentaba. En mayo y junio de 1959 estallaron en Bogotá huelgas de trabajadores del sector bancario y de Icollantas, y los militantes del Moec les ofrecieron su apoyo. Durante la huelga de los empleados bancarios Larrota pronunció varios discursos que resaltaron la necesidad de la unidad de

¹⁵ El MOE 7 de Enero adoptó una estructura directiva similar a la de la Unec. El primer comité ejecutivo lo integraron Eduardo Aristizábal Palomino, Luis Alfredo Sánchez, Jorge Alfonso Bejarano Mateus, Alejandro Páez Murillo, Pedro Cormane, Hernando Tolosa, Álvaro Santofimio, Antonio Larrota González, Patricio Larrota González, Luis Eduardo Granados, Juan Velosa, Efraín García y Armando Valenzuela. (APR, DM, f. 105.)

los distintos sectores populares (Entrevista a Gilberto Guzmán Celis, 2008). En Cali el Moec prestó también su apoyo a los damnificados de la espantosa explosión de carros militares ocurrida a mediados de 1956, que desde entonces se movilizaron permanentemente para reivindicar el derecho a la vivienda.

Primera visita a Cuba

Para recordar un nuevo aniversario del asalto al Cuartel Moncada, ocurrido el 26 de julio de 1953, el gobierno cubano realizó en 1959 una pomposa celebración. Cerca de un millón de personas de La Habana, muchas de ellas portando machetes y luciendo barbas y sombreros de yarey, llenaron la Plaza de la República (después Plaza de la Revolución), y la celebración sirvió para que el gobierno declarara aquel día como el de la Rebeldía Nacional y al Cuartel Moncada como monumento histórico de Cuba. Desde tempranas horas de aquel domingo, el himno nacional y la Marcha del 26 de Julio fueron tocados en todas las plazas públicas de la ciudad. Al momento de iniciarse oficialmente los actos, un millar de palomas fueron liberadas y trescientos globos lanzados al aire con consignas escritas que decían: “¡La reforma agraria va!” y “¡Viva la Cuba nueva!”. Mientras esto ocurría, “los destellos de los machetes que golpeaban unos contra otros para aplaudir la llegada de la liberación, llenaban la inmensa explanada”(Gaitán, 1973, 10). Luego habló Fidel Castro por varias horas.

Antonio Larrota tuvo la oportunidad de presenciar los actos de celebración en la capital cubana. Había llegado a la isla invitado por el gobierno revolucionario, al igual que lo hicieron líderes de la región como Lázaro Cárdenas y el futuro presidente de Chile, Salvador Allende. De Colombia asistieron Amparo Jaramillo viuda de Gaitán y su hija Gloria, entre otras personas. La estadía de Larrota en Cuba, que se prolongó por varios meses, entre julio de 1959 y comienzos de 1960, tuvo una importancia definitiva en su proyección política. Las distintas actividades que adelantó allá y las implicaciones de las mismas así lo corroboran. En efecto, Larrota realizó en la isla una intensa actividad revolucionaria (Moncada, 1963, 187), que podría sintetizarse así:

- Incorporación a las milicias estudiantiles que recibieron instrucción militar de los cubanos y lo convirtieron en uno de los primeros colombianos –tal vez el primero– en recibir entrenamiento de este tipo en la isla (AP, DSP, folio 143). En correspondencia con lo anterior, y con el visto bueno de la dirigencia cubana, Larrota inició un proceso de formación política y militar que tenía como finalidad iniciar en los próximos meses un nuevo tipo de lucha guerrillera, que buscaba replicar en tierras colombianas lo sucedido en Cuba.
- Promoción o venta de bonos en distintos lugares de Cuba, con los cuales, según manifestaba, pretendía financiar la lucha guerrillera “por una Colombia libre”¹⁶. De acuerdo con un informe de la Procuraduría General colombiana, Larrota logró por esta vía recaudar “más de ochenta mil dólares vendiendo bonos a nombre de la Revolución Colombiana” (Moncada, 1963, 187). Relación con dirigentes revolucionarios de Cuba y América Latina, que desde muy temprano visitaron Cuba. Así ocurrió con Carlos Malpica Silva, futuro dirigente del MIR peruano, con quien compartió análisis sobre la realidad política y las proyecciones revolucionarias en Latinoamérica¹⁷.

Además, Larrota se dedicó a desacreditar al gobierno colombiano en cuanto escenario encontraba. En los primeros días de agosto de 1959, en una rueda de prensa ofrecida por las autoridades cubanas, Gloria Gaitán la emprendió contra el presidente Lleras Camargo y el Frente Nacional y despertó la reacción de los periodistas colombianos allí presentes, quienes salieron en defensa del primer gobierno frentenacionalista. Larrota, que se encontraba también en el lugar, intervino en apoyo de Gloria y ratificó lo

¹⁶ Ver “Bonos para una revuelta en Colombia se venden en Cuba” (*El Tiempo*, 14 de octubre de 1959, 13), Lequerica (1961) y Entrevista a Francisco Trujillo, (2008). Los bonos tenían en sus márgenes los nombres de José Antonio Galán, Rafael Uribe Uribe y Jorge Eliécer Gaitán.

¹⁷ En una obra sobre el problema del latifundio de su país Malpica señala: “Es digno recordar que uno de los mártires de la revolución colombiana y latinoamericana, Antonio Larrota, dirigente fundador del Movimiento Obrero Estudiantil Campesino (Moec) de Colombia, colaboró en las discusiones del anteproyecto, lo mismo que los cc. doctor Juan Gualberto Caballero e Ing. Fernando Aguilar, del Movimiento 26 de Julio de Cuba, y los cc. argentinos Jorge Hammar y Olga Martín” (Malpica, s. f.)

dicho por ella sobre la situación colombiana (*El Espectador*, 8 de agosto de 1959, 1 y 3).

A Larrota no le sobró el tiempo destinado a conceder entrevistas a pe-riódicos de la isla, en las cuales se refirió a la situación colombiana. Especial mención merece la entrevista que en septiembre de 1959 ofreció al periodista Julio Castelló, del diario habanero *La Calle*. En ella, que apareció en primera página con el llamativo titular de *Colombia en las garras del fascismo*, Larrota atacó al Frente Nacional y a los partidos tradicionales, de los cuales dijo que “acordaron repartirse los privilegios del poder” y habían impedido “la formación de nuevos organismos capaces de representar de verdad las humanas y democráticas esperanzas liberales de nuestro pueblo”. Al ser interrogado acerca de cuáles sectores se estaban oponiendo al régimen político, Larrota respondió, sin duda con exageración, lo siguiente:

“Los campesinos se están organizando en grandes guerrillas para apoyar a los obreros y estudiantes en las luchas de las calles, en ciudades y pueblos. Los campesinos colombianos han despertado, ya no luchan entre sí, sino contra los abusadores militaristas y sus dóciles servidores de las camarillas politiqueras y oligarcas” (*La Calle*, 13 de septiembre de 1959, 1 y 6).

Y ante la pregunta del periodista sobre las proyecciones del movimiento armado, nuestro hombre expresó:

“Puedo asegurarle que ni los campos de concentración, los ‘gestapistas’, los escuadrones de la muerte, etc., que ni con la bomba atómica si la tuvieran, podrán impedir el triunfo de la gran revolución transformadora que liberará a Colombia del feudalismo, del intervencionismo y la oligarquía esclavizadora” (ibíd.).

Al llegar a Colombia, Larrota se dedicó a buscar contactos con dirigentes campesinos y guerrilleros del Cauca que habían actuado en el periodo de la Violencia, con el propósito de avanzar en los planes insurreccionales que había acordado en Cuba.

El segundo viaje

En julio de 1960 tuvo lugar el primer congreso del Moec 7 de Enero. Para entonces habían ingresado al movimiento nuevos militantes, algunos procedentes del PCC, hecho que enriqueció el espectro político del mismo. Además de la aprobación de un nuevo lineamiento programático, lo más significativo del evento fue la exposición de Antonio Larrota sobre el trabajo exploratorio que venía adelantando en Tacueyó, zona caucana escogida para iniciar las acciones guerrilleras¹⁸. En síntesis, las labores de Larrota en esa región consistieron en establecer contacto con jefes de cuadrillas que venían operando allí desde la época de la violencia bipartidista, a fin de articularlos al Moec. Y, al parecer, logró avanzar en esa dirección, al convencer a personajes como Adán de Jesús Aguirre (“Aguililla”), a un tal “Tijeras” y a un tal “Chaflán”, de hacer parte del nuevo movimiento¹⁹.

Es probable que, a instancias de Larrota, el congreso del Moec determinara enviar a Cuba una comisión a entrevistarse con la dirigencia revolucionaria para dar a conocer la nueva realidad del movimiento, plantear el desarrollo del proyecto de Tacueyó y buscar apoyo logístico y económico. En una especie de acuerdo entre las dos tendencias que ya eran patentes en las filas moecistas (la que reivindicaba un pronto paso a las acciones armadas y la que planteaba preparar las condiciones para ello), viajaron a la isla Antonio Larrota y Raúl Alameda, los dos exponentes visibles de dichas corrientes.

En Cuba, la situación se tornó prontamente incómoda para Alameda, quien no compartía los ímpetus de Larrota y creía que éste utilizaba su amistad con

¹⁸ Se consideró en principio dedicar un tiempo al conocimiento social y político de la zona (presencia indígena y campesina, nivel de politización existente, presencia de guerrilleros liberales, influencia del PCC), al igual que las condiciones geográficas que ésta ofrecía. La zona escogida, ubicada sobre la Cordillera Central, distaba aproximadamente veinte horas a caballo de Corinto, la cabecera municipal.

¹⁹ De acuerdo con Alameda, el informe presentado por Larrota en el congreso sobre el trabajo en Tacueyó fue “sumamente favorable” a sus propósitos.

la dirigencia cubana para promover sus planes en Colombia²⁰. Luego de varios días de espera, Larrota y Alameda lograron entrevistarse en dos ocasiones con Ernesto Guevara²¹, a quien le detallaron el estado del Moec 7 de Enero, la situación política del país y las posibilidades de proyectar la guerra de guerrillas. Según advierte Alameda, mientras Larrota planteaba una lectura tendenciosa de la situación nacional, exagerando las condiciones militares del Moec y del movimiento popular colombiano, él enfatizaba en la necesidad de cualificar orgánicamente al movimiento y a sus militantes, antes de ponerlos a liderar acciones armadas²². Finalmente, los cubanos dieron credibilidad a las ideas de Larrota y le brindaron el apoyo necesario al proyecto de Tacueyó.

En el camino, la muerte

Larrota regresó a Colombia a principios de 1961, sin ser detectado por los organismos de inteligencia (*El Espectador*, 13 de mayo de 1961), y se desplazó de inmediato a Cali, donde se puso en contacto con los integrantes del Moec, quienes trataron infructuosamente de persuadirlo para que desistiera de su plan. Antonio se mantuvo en el empeño, sin duda considerando que, al contar con el apoyo de los cubanos, poca importancia tenía la oposición de la corriente que representaban Alameda y Mauricio Torres. Éstos, acudiendo

²⁰ Alameda afirma que Larrota solía perderse por horas, dejándolo solo en la casa de su familia, lo que obligó a Alameda a recordarle que, de acuerdo a lo definido en el congreso, los dos debían estar presentes en cualquier reunión que se sostuviera con los cubanos y que ninguno de los dos podía, por cuenta propia, entrevistarse sin la presencia del otro. Lo anterior muestra las desconfianzas y posibles celos que existían entre los dos voceros de las corrientes del Moec 7 de Enero.

²¹ Infortunadamente, solo contamos con la versión de Alameda, quien en la entrevista deja ver constantemente los roces que tenía con Larrota.

²² De acuerdo con Alameda, Larrota sacó provecho del afecto de los cubanos hacia él, logrando que Guevara diera credibilidad a su exposición, “ganándole el pulso” a Alameda. El hecho, desde luego, tendría decisivas consecuencias para el Moec y para el propio Larrota. Respecto a Raúl Alameda, éste correspondía a un *cuadro clásico* de la izquierda: tuvo una militancia en el PCC, donde adquirió una cultura leninista, había leído bastante literatura marxista, era economista (discípulo de Antonio García) y había elaborado documentos de debate político (por ejemplo, las bases programáticas para el primer congreso del Moec 7 de Enero). También fue asesor de los trabajadores en la célebre huelga de Talleres Centrales de noviembre de 1957. Para el momento del viaje a Cuba, Raúl tenía treinta y dos años y Larrota veintitrés (Entrevista a Raúl Alameda Ospina, 2008).

a los criterios disciplinarios, llamaron al orden a Antonio pero no obtuvieron los resultados esperados, lo que confirmaba que, pese a existir un conjunto de lineamientos e instancias colectivos de dirección, el Moec era en realidad un cuerpo acéfalo en cuyas filas cada quien hacía lo que quería, sin que nadie ni nada lograra evitarlo. Por más que se invocara el centralismo y se recurriera a los estatutos para sancionar prácticas que se consideraban incompatibles con su inspiración política, en el movimiento reinaba la indisciplina²³.

Luego de permanecer varios días en Cali, Larrota se desplazó hacia la cordillera –probablemente en los primeros días de abril de 1961–, en compañía de dos jóvenes de extracción urbana, por lo menos. Desde entonces, y hasta el día de su muerte, se dedicó a ampliar los conocimientos de la zona, a adoctrinar políticamente a los hombres que seguían a “Aguililla” y a “Tijeras” y a compartir con ellos los conocimientos militares que había adquirido en Cuba. Promovió asimismo contactos con otras cuadrillas que operaban en la región, con la intención de unirlos a los nuevos propósitos guerrilleros. Es de anotar que Larrota se movía por la región vistiendo prendas militares, luciendo una boina vasca y portando binóculos prismáticos y un arma de fuego de corto calibre.

Si se tiene en cuenta el tiempo transcurrido entre el momento en que Larrota retornó a Tacueyó y el día de su asesinato²⁴, es evidente que entre “Aguililla” y Antonio no demoraron en presentarse malestares que condujeron finalmente al sacrificio del joven dirigente. Además, debe tenerse presente que había pasado prácticamente un año desde que Larrota presentara, en el primer congreso del Moec, el informe sobre Tacueyó que incluía la incorporación de “Aguililla” a esa organización. Durante ese tiempo el parecer inicial de anti-

²³ Antonio Larrota era el líder de esa tendencia en el Moec 7 de Enero, secundada por un grupo de militantes que aglutinaba especialmente a jóvenes como Armando Valenzuela, Eduardo Aristizábal Palomino, Robinson Jiménez, Leonel Brand, William Ospina Ramírez y Efraín García, entre otros.

²⁴ De acuerdo con el informe del teniente Guillermo Escobar, del Batallón de Infantería N° 7 “Junín”, Larrota fue asesinado el 3 de mayo de 1961. Ver Archivo General de la Nación, Ministerio del Interior, Fondo Despacho del Ministro, caja 21, carpeta 185, folio 35 (en adelante será citado como AGN, MI, FDM).

guo combatiente pudo haber cambiado, sin que Larrota pudiera percibirlo al momento de regresar a la región; ese habría sido el costo que pagó Larrota al imprimir al proyecto de Tacueyó un interés prácticamente personal, desconociendo las opiniones y prevenciones de los compañeros que integraban la dirección del movimiento. De cualquier modo, las causas y las características que rodearon la muerte de Larrota nunca pudieron establecerse con claridad, salvo el responsable directo de la misma. Es evidente que Antonio fue asesinado con sevicia: el acta del levantamiento del cadáver indica que presentaba tres perforaciones de bala en el pecho y cuatro en la espalda, múltiples puñaladas y dos cortes de machete en el cráneo (AGN, MI, FDM, caja 21, carpeta 185, f. 39). Además, las diversas heridas dan a entender que Larrota fue agredido simultáneamente por varias personas.

Desde el momento de su asesinato comenzaron a circular diversas versiones sobre los móviles del mismo. Una afirma que “Aguililla” dio la orden de asesinar a Larrota al percibir que su poder de mando en la región podía ser minimizado —si ya no lo estaba— por la presencia del joven dirigente (*El Colombiano*, 16 de mayo de 1961, 18). Otra suposición señala que “Aguililla” asesinó a Larrota porque éste insistía en que el primero uniera sus fuerzas a las de “Tijeras”, líder de otra cuadrilla que también operaba en la región y enemigo declarado de “Aguililla” (*El Siglo*, 20 de mayo de 1961, 9). Una versión adicional refiere el pago ofrecido por terratenientes de la región a “Aguililla” para que asesinara a Larrota (Testimonio de Alonso Ojeda Awad, citado por Ronderos, 2003, 151) y evitara así la consolidación de una guerrilla que pronto pondría en peligro sus propiedades.

Sin embargo, hay una versión que merece analizarse con detenimiento: la que plantea el asesinato de Larrota como resultado de la complicidad entre “Aguililla” y el Ejército. Algunos documentos que se conservan sobre el caso permiten hacer esa interpretación, ya planteada por Gabriel Larrota, hermano de Antonio, quien se desplazó a Tacueyó y presencié irregularidades y comportamientos extraños de los integrantes del Ejército que operaban en esa jurisdicción. En efecto, luego de conocerse la noticia de la posible muerte

de Antonio, Gabriel se dirigió a la región y se integró a una comisión de las autoridades que se desplazó al lugar donde habían ocurrido los hechos para practicar el levantamiento del cadáver. La comisión fue acompañada por unidades del Ejército al mando del teniente Guillermo Escobar, del Batallón de Infantería N° 7, “Junín”. Al término de varias horas de marcha, y ya próximos al lugar donde se encontraba el cuerpo de Larrota, la comisión decidió tomar un descanso en una casa ubicada a la orilla del camino. Al poco tiempo, el propio Adán de Jesús Aguirre, “Aguililla”, apareció en el lugar con siete de sus hombres para informar que él había dado muerte a Larrota “por asuntos de carácter personal” (AGN, MI, FDM, caja 21, carpeta 185, f. 30). Una vez hecha tranquilamente su declaración ante el inspector de Policía y el secretario de Gobierno, el referido abandonó el lugar con su gente, tomando el mismo camino por donde había llegado” (ibíd.). Todo había sucedido en presencia del propio Gabriel Larrota y de las tropas del Ejército, que no hicieron el menor esfuerzo por desarmar al cuadrillero y capturarlo. El hecho despertó suspicacias en Gabriel, quien las transmitió al presidente Lleras Camargo. Era evidente una complicidad entre el teniente Escobar y ‘Aguililla’, cosa que se comprobó posteriormente, al leer la declaración del primero, en donde expresaba las razones que le habían impedido capturar a “Aguililla”:

“no lo capturé el día 6 fecha en la cual subí prestando el servicio de seguridad al señor Inspector de Policía debido a que el día 2 del mismo mes había tenido una reunión con el citado AGUILILLA y en la cual se acordó un plan para capturar o dar de baja la cuadrilla que Comanda Tijeras, dicho plan debería llevarse a cabo el día 7 en las horas de la noche y en cuya operación yo tenía pensado que una vez capturada la cuadrilla de tijeras (sic) proceder en el mismo sitio y lugar con la Comandada con AGUILILLA, LOGRANDO EN ESTA FORMA DISMINUIR LA VIOLENCIA EN EL Norte del Departamento. Lo anterior, lo hice a sabiendas de que en este método de los muchos empleados en combate contra guerrillas (sic) y el cual ha dado magníficos resultados” (ibíd. f. 30 32 y 33).

Como se observa, el día anterior a la muerte de Larrota, es decir, el 2 de mayo, “Aguililla” se había reunido con el propio teniente Escobar supues-

tamente para acordar un plan que culminara con la captura o la muerte de “Tijeras”²⁵. Eso significa que “Aguililla” tenía contactos con el Ejército desde hacía algún tiempo, sin que el propio Larrota lo supiera. Si lo anterior resulta ser cierto, es muy probable que la muerte del joven estudiante haya respondido al cobro de una recompensa que, según algunas versiones, había sido ofrecida por el presidente Lleras Camargo por la cabeza del líder del Moec.

El 18 de mayo de 1961, en presencia de Gabriel y de algunas autoridades municipales, Antonio Larrota fue sepultado en el cementerio de Popayán, a pesar de la negativa inicial del obispo auxiliar, quien adujo proceder de acuerdo con un decreto emitido por el arzobispo de esa ciudad que prohibía dar sepultura eclesiástica a individuos como el “Sr. Larrota, ya que parecía indudable la participación de éste en las cuadrillas de malhechores” (AGN, MI, FDM, caja 21, carpeta 185, f. 41).

Impacto de su muerte

A mediados de mayo de 1961 la prensa informó sobre el asesinato de Antonio Larrota e indicó que su cuerpo había sido encontrado por indígenas en una región de difícil acceso perteneciente al departamento del Cauca. Desde luego, la noticia causó sensación en el país. De él nada se sabía desde los recordados sucesos de principios de 1959, cuando había liderado la lucha contra el alza del transporte bogotano, y de las actividades que había desarrollado en Cuba, las cuales fueron de público conocimiento. Hasta mediados de mayo de 1961, el paradero de Antonio se había convertido en un completo misterio, salvo para los organismos de inteligencia. Las oscuras circunstancias de su muerte en un alejado y arisco paraje, vistiendo prendas militares, estimularon un sinnúmero de conjeturas en torno a las actividades en las que andaba involucrado el joven bumangués.

²⁵ En el cuerpo de Larrota las autoridades encontraron el siguiente mensaje de “Aguililla”: “Señor Comandante de Patrulla hay le dejo ese comunista por si les dolía enberraque que la vida de nosotros no bale nada solo. estamos. Para. lo que nos toque la cuadrilla de Aguililla. Sin más Resuelva el problema Se despide Adán de Jesús Aguirre Alias Aguililla. hoy muerto. el Capitán Antonio María Larrota comunista (Sic)”.

Al confirmarse el crimen, en Bogotá se presentaron algunos actos de protesta. Visto en perspectiva, el hecho tenía un significado especial: ponía en evidencia que, por primera vez entre nosotros, un individuo carismático procedente de un medio urbano y con alguna formación universitaria se encontraba vinculado a un proyecto revolucionario que buscaba promover un nuevo capítulo de la lucha armada en Colombia. En ese sentido, con su proceder, Larrota había abierto un sendero por el que avanzarán con desbordado optimismo decenas y decenas de jóvenes colombianos en los años siguientes, en busca del mismo sueño. Diversos sectores políticos nacionales opinaron sobre el destino trágico de Larrota. Los dominantes celebraron el hecho y los comunistas lo vieron como la consecuencia lógica del proceder de un anarquista desbocado. Una persona anónima —no un compañero de lucha— que lo conoció de cerca expresó lo siguiente:

“En un país de charlatanes que predicán la revolución todo el día en los cafés, Larrota dió una lección de seriedad, poniendo sus ideas primero que su vida. Sus ideas pueden ser objeto de juicio, de condenación; pero su vida tiene que merecer una consideración respetuosa porque la supo sacrificar en la lucha por lo que creía una manera de salvar a Colombia” (Anónimo, 1961, 400).

Bibliografía

Libros y artículos

Anónimo, 1961, “Antonio Larrota, un hombre serio”, en *Mito. Revista Bimestral de Cultura*, año VI, número 36, mayo-junio.

Ávila, Víctor Manuel et al., 2000, *Historia del movimiento estudiantil de la Universidad Libre*, Bogotá, Universidad Libre.

Béjar, Héctor, 1969, *Experiencias guerrilleras*, Cuba, Premio Casa de Las Américas.

Díaz, José Abelardo, 2007 “Movilización popular contra el alza en las tarifas del transporte urbano en Bogotá, entre enero y abril de 1959”, en *Viento del Sur. Revista de debate político social*, número 6-7, Bogotá, 2007.

Gaitán, Gloria, 1973, *El compañero presidente*, Editorial Colombia Nueva.

Lequerica Vélez, Fulgencio, 1961, *600 días con Fidel*, Bogotá, Ediciones Mito.

Malpica Silva, Carlos, s.f., *Guerra a muerte al latifundio*, Ediciones Voz Rebelde, Perú.

Moncada, Alonso, 1963, *Un aspecto de la violencia en Colombia*, Promotora Colombiana de Ediciones y Revistas, Bogotá, 1963, p. 187.

Ronderos, Carlos, 2003, *Rebelión y amnistía. La historiocolombiana del siglo XX contada por sus protagonistas*, Bogotá, Editorial Planeta, 2003

Ruiz Montealegre, Manuel, 2002, *Sueños y realidades. Procesos de organización estudiantil, 1954-1966*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.

Tarrow, Sidney, 1994, *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid, Alianza Universidad.

Villamizar, Darío, 2002, *Jaime Bateman. Biografía de un revolucionario*, Bogotá, Editorial Planeta.

Entrevistas y conversaciones

Arturo Alape, octubre de 2005, Bogotá.

Carlos Ramírez Ruiz, integrante del Moec 7 de Enero, septiembre 2006, Bogotá.

Raúl Alameda Ospina, integrante del Moec 7 de Enero, febrero de 2008, Bogotá.

Gilberto Guzmán Celis, integrante del Moec, mayo de 2008, Bogotá.

Jorge Zabala Cubillos, líder estudiantil de la Universidad de América que participó en el congreso fundacional de la Unec, en junio de 1957, agosto de 2008, Bogotá.

Francisco Trujillo, integrante del Fuar, septiembre de 2008, Bogotá.

Gustavo Soto, integrante del Moec, enero de 2009, Bogotá.

Periódicos y revistas

El Espectador, Bogotá, 1959, 1961.

El Tiempo, Bogotá, 1957.

El Siglo, Bogotá, 1961.

Semana, Bogotá, 1961.

La Calle, Bogotá, 1958.

El Colombiano, Medellín, 1961.

La Calle, La Habana, 1959.

Archivos y bibliotecas

Archivo de la Presidencia de la República.

Archivo General de la Nación.

Biblioteca Nacional.

Biblioteca Gilberto Álzate Avendaño.